

MEJORAR LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA DURANTE EL AÑO DE LA EUCARISTÍA

Con motivo del Año de la Eucaristía se han escrito –y seguramente se continuarán escribiendo aún– muchas páginas, muchos libros, muchos folletos y muchos artículos. Incluso han aparecido –y seguramente continuarán apareciendo también– muchos documentos magisteriales de los obispos que, a imitación de la Sede Apostólica y de sus organismos, se sumarán a los documentos romanos

1. Un equilibrio, que no todos logran, en la lectura de los documentos del Magisterio y en los comentarios de los teólogos

Todos estos escritos publicados con ocasión del Año de la Eucaristía, incluso los de mayor valor teológico, espiritual y litúrgico, pueden tener –y nos parece que algunos están teniendo ya– un peligro en su recepción por parte de algunos fieles. El peligro estriba en que, al leerlos, los destinatarios subrayen preferente –o incluso exclusivamente– algunos de los matices a los que se refieren los escritos pero no den la misma importancia a otras realidades, a veces mucho más centrales y más importantes del sacramento eucarístico que con frecuencia se olvidan o no se subrayan por más que también figuren y bien explícitamente en los documentos eclesiales.

2. Equilibrio objetivo en los documentos del Magisterio sobre el Año de la Eucaristía

Si, como insinuábamos en el apartado anterior, no todos los lectores saben interpretar *con equilibrio* los escritos del Magisterio, este defecto no se debe atribuir a los documentos magisteriales sobre la Eucaristía *en sí mismos* sino en todo caso a los lectores y a algunos comentaristas de los mismos. Los recientes documentos romanos son extremadamente equilibrados. Empezando por la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* (1967) de la Sagrada Congregación de Ritos (el más completo quizá en ensamblar *todos los matices* del sacramento eucarístico) y siguiendo por la última Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y la más reciente Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, ambos documentos del llorado Juan Pablo II, y los *Praenotanda* del *Ritual del Culto eucarístico fuera de la Misa* de la Congregación del Culto Divino, en todos estos documentos se subrayan con fuerza y se distinguen con claridad las dos vertientes mayores de la Eucaristía: el sacramento eucarístico como *sacramento permanente* (el único de los sacramentos que persevera después de terminada su celebración) y la Eucaristía como *celebración* (la Misa) que dura un espacio de tiempo y que luego termina. La Eucaristía es la *celebración de la Misa* y es también el pan *consagrado*, llevado a los moribundos y a los demás enfermos, reservado en el sagrario, expuesto en la custodia y llevado algunas veces en procesión.

3. La Presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas y la celebración de la Misa, realidades ambas ricas pero no igualmente importantes

Como explícita y repetidamente se dice y se subraya en los recientes documentos magisteriales del conjunto de las realidades de la Eucaristía (todas verdaderas y todas a tener en cuenta) el aspecto innegablemente más central y más importante es el de la *celebración* (la Misa, sobre todo la Misa dominical). Es este el matiz radical que, ya desde los orígenes del cristianismo, la comunidad cristiana descubrió y vivió en la Eucaristía, el matiz, por tanto, que más debe subrayarse y mejorarse en el Año eucarístico. Es de este matiz que Juan Pablo II (Cf. Carta Apostólica *Dies*

Domini) recuerda que la participación en la Misa dominical es para los cristianos, no una simple devoción eucarística, como puede serlo la visita al Santísimo, sino una *realidad esencial* en toda vida cristiana.

La Eucaristía como *sacramento permanente* (la presencia real de Cristo bajo las especies consagradas) es *fruto y consecuencia* de la celebración. La presencia real de Cristo en la Eucaristía es ciertamente importantísima para una vida espiritual-eucarística intensa y está llamada a dar grandes frutos de santidad. Las visitas al Santísimo, las exposiciones, procesiones, etc. se han de cuidar y fomentar, pues, en este Año de la Eucaristía en vistas a una vida espiritual cada vez más intensa y robusta, pero son aspectos, con todo, más secundarios en relación con lo que es la celebración de la Misa.

El peligro que puede acechar en este ámbito –y que parece vislumbrarse en algunos escritos– es precisamente que algunos fieles entiendan por *Año de la Eucaristía* preferentemente –o casi exclusivamente– el aspecto de adoración del Sacramento. La Eucaristía es adorable, porque Cristo está en ella presente y es Dios. Pero la celebración eucarística es más central porque es el mandato explícito del Señor. Al instituir la Eucaristía, en efecto, ordenó a sus discípulos *Haced esto*, es decir *celebrad los gestos y repetid la Acción de gracias* que yo he hecho, anunciando y dando gracias, con estos gestos y palabras, por mi muerte y resurrección.

4. Año de la Eucaristía y Tiempo pascual

Los días pascuales de este *Año de la Eucaristía* son –deben ser– por ello una buena ocasión para equilibrar los dos aspectos principales de la Eucaristía. Los días pascuales son especialmente indicados, por tanto, para recordar y urgir todos los fieles el sentido primordial de lo que es y representa la Eucaristía en la vida cristiana¹.

¹ La relación *pascua-eucaristía* (como la relación *domingo-eucaristía*) se vivió y subrayó incluso en los tiempos más decadentes: por lo menos por Pascua ha habido siempre la obligación de comulgar; por lo menos cada domingo se debe asistir a Misa.

Después del Movimiento Litúrgico de inicios del s. XX, y sobre todo a partir del Vaticano II, se ha recuperado la participación activa y cada vez más inteligente en la celebración eucarística. Quizá, en cambio, en algunos lugares por lo menos, se ha olvidado quizá un poco el segundo aspecto del Sacramento eucarístico: la adoración del Santísimo, la participación en las procesiones en su honor –sobre todo en la solemnidad de su Cuerpo y de su Sangre–. El tiempo pascual, pues, es una buena ocasión para examinar nuestras prácticas eucarísticas y para insistir en todas las realidades del Sacramento del altar.

Si el Magisterio en estos últimos tiempos –los escritos de Juan Pablo II especialmente– han insistido tanto en la segunda faceta de la Eucaristía –en la presencia real del Señor en el Sacramento del altar– es seguramente porque, después que el Vaticano II ha renovado tan profundamente la importancia y las formas de la *celebración eucarística* y ha revitalizado y mejorado tan intensamente la participación de los fieles en la Misa, muchos fieles han casi olvidado la adoración debida al Sacramento.

Si en los siglos que nos han precedido se remarcó quizá un poco desequilibradamente la adoración del Santísimo² y se puso casi toda la fuerza en que los fieles veneraran la presencia real y se fijaran menos, en cambio, en el aspecto más central de la Eucaristía –la participación activa del pueblo en la Misa– hoy, lograda la vivencia de la celebración, algunos parece que olvidan la adoración del Sacramento.

El tiempo pascual, es el ciclo litúrgico en el que se subraya, con mayor intensidad que en el resto del año, el tránsito o pascua del Señor de este mundo al Padre; por ello este tiempo pascual podemos decir que es el tiempo eucarístico por excelencia. De aquí la oportunidad de que en estos de Pascua reequilibremos *todo el contenido y significado* de la Eucaristía, en primer lugar como celebración sacramental de la muerte y resurrección del Señor y, como segundo aspecto, su vertiente de presencia real de este mismo Señor por medio de las especies del Sacramento.

2 En los tiempos anteriores al Vaticano II, era frecuente que para la Exposición solemne del Santísimo se iluminaran por lo menos 12 cirios; para la Misa, en cambio, únicamente 2; en las más pequeñas asambleas (a veces de 3 ó 4 personas) se cantaba el *Tantum ergo*, mientras en las misas feriales todo era *rezado*.

5. Algunos indicios de desequilibrio en la celebración eucarística: los gestos de la doxología de la anáfora

A partir sobre todo del anuncio del *Año de la Eucaristía* aparecen, aquí y allá, ciertos indicios que parecen no captar ni expresar con exactitud el sentido más exacto de la celebración eucarística. Entre estos indicios podemos citar la incorrecta realización y la mala interpretación que a veces se da a la doxología de la Plegaria eucarística.

Hace unos días, por ejemplo, veíamos un folleto que anunciaba el programa de celebraciones para el *Año de la Eucaristía*; en la cubierta de dicho folleto aparecía un grabado, ricamente editado, en el que figuraban los gestos de la doxología *Por Cristo, con él y en él*. El celebrante en este grabado aparecía mostrando al pueblo una gran hostia mientras el concelebrante hacía lo propio con el cáliz. El grabado invitaba, evidentemente, al pueblo a *adorar* el Cuerpo y la Sangre del Señor. Ahora bien, adorar a Cristo presente en las especies sacramentales es ciertamente una acción sin duda correcta; pero adorar la Eucaristía *en el momento de la doxología* no lo es. Las palabras que canta o dice el celebrante al realizar dicha acción lo evidencian sin duda posible el sentido del gesto. La asamblea en esta parte de la Misa es invitada a *unirse a Cristo*, el gran sacerdote que como cabeza del Cuerpo eclesial que, encabezando la Iglesia, adora a la Trinidad: *Por Cristo, con él y en él*, dice la Iglesia a la Trinidad Santísima, *ti Dios Padre*, en la unidad del *Espíritu Santo*, todo honor y toda gloria. El momento de la doxología en el interior de la Plegaria eucarística —a diferencia, por ejemplo, de lo que es la mostración del Pan consagrado en la exposición del Santísimo— no tiene la finalidad de invitar al pueblo a la adoración de Cristo sino a unirse a Cristo en la acción culminante del culto cristiano, que él realiza con su Iglesia. Una cosa es el culto a la *Eucaristía* (que en nuestros días a veces se ha olvidado y por ello el Magisterio se ha visto obligada a recordarla con insistencia), otra distinta (y más radical e importante) el *culto eucarístico* que Cristo como sacerdote, junto con su Iglesia, tributa al Padre. El gesto, por tanto, que aparecía en dicho grabado es radicalmente inexacto y si se va repitiendo en las celebraciones resulta empobrecedor.

6. Los acólitos con cirios en el momento de la consagración-elevación

Un segundo ejemplo: hace algún tiempo participé en una reunión de los responsables de una *gran iglesia* (que, por ser grande, tenía grandes posibilidades litúrgicas). La reunión quería revisar los modos de celebración de la Eucaristía dominical. Una de las costumbres de esta iglesia —costumbre heredada, aunque ellos lo ignoraran, de prácticas medievales, comunes a muchas catedrales— era la de que unos acólitos, *terminado el canto del prefacio*, durante el *Sanctus*, se acercaban al altar con los ciriales y se arrodillaban sosteniendo sus candelabros al pie del mismo. Este modo de proceder no acababa de ser correcto. Los acólitos ceroferarios, en todo caso, debían acercarse con sus velas al altar *al empezar la Plegaria eucarística* (es decir, antes de iniciar el Prefacio), no interrumpiendo la dinámica de la Plegaria de Acción de gracias o *Acción de gracias* que nos mandó repetir el Señor. Uno de los presentes, conocedor de las costumbres históricas de la iglesia en cuestión, arguyó que *en dicha iglesia* era una costumbre antigua que los ceroferarios no se acercaran al altar hasta finalizado el *Santo* (en tiempos pasados esta presencia de acólitos rodeando el altar terminado el Prefacio se realizaba incluso con mucha mayor solemnidad: no sólo dos sino acólitos *varios ceroferarios* rodeaban el altar). Esta costumbre no era propia de aquella iglesia, como pensaba el historiador, sino que era una de aquellas costumbres bastante comunes de las que el Vaticano II dice que “con el decurso del tiempo se han introducido y deben cambiar porque no responden a la naturaleza de la celebración” (*Sacr. Conc.*, 21). Esta práctica era la habitual de las Catedrales y otras iglesias con mayores posibilidades (los Seminarios, por ejemplo) y figura descrita en el Ceremonial de Obispos de Clemente VIII (1600) vigente hasta 1985 (Libro segundo, cap. 8). Según la mentalidad eucarística de aquel tiempo, lo único que casi se subrayaba en la Eucaristía era la presencia real adorable de Cristo, no tanto su función sacerdotal que, con su pueblo, adoraba a la Trinidad. Según esta descripción —era sin duda la que recordaba nuestro *historiador*— los ceroferarios citados no solo se acercaban al altar *después del prefacio*, sino que además se retiraban también del presbiterio tan pronto como había terminado la elevación.

Es decir veían la Eucaristía *únicamente en la vertiente de la presencia real* y querían sobre todo realzar la elevación.

La renovación litúrgica ha cambiado esta perspectiva; gracias a ella hoy lo que se subraya, por encima de todo, es más la consagración que la elevación, la acción sacerdotal y la adoración que Cristo, junto con su Iglesia, tributa al Padre. El defecto de magnificar, a través de los ceroferarios presentes únicamente en la *elevación*, la *adoración de las Santas Especies* por encima de la Plegaria eucarística y la consagración se ha corregido claramente en las misas papales –sin duda gracias al prefecto de las celebraciones del Papa, Mons. Piero Marini, que no es un simple ceremoniero sino un buen liturgista, conocedor de la historia y de la teología litúrgica– en las que los ceroferarios se acercan al altar (como los concelebrantes) sólo para la consagración y mostración al pueblo de las Santas Especies sino desde que se inicia la parte central de la celebración, es decir, al prefacio.

Otro detalle que en, esta misma línea ha corregido el Misal de Pablo VI (detalle que la casi totalidad de celebrantes observa bien, aunque algunos pocos siguen la manera defectuosa del anterior Misal) es la forma de elevar las Santas Especies. Según el Misal de S. Pío V durante las últimas palabras de la doxología final el celebrante tomaba con su derecha el Cuerpo del Señor y lo elevaba verticalmente sobre el Cáliz de la Sangre para que el pueblo pudiera ver y *adorar* ambas Especies. El nuevo Misal, en cambio, manda al celebrante sostener con una mano la *patena* (no el pan consagrado directamente) con el Cuerpo del Señor *horizontalmente en actitud de ofrecimiento* y con la otra el Cáliz de su Sangre preciosa. Todo un cambio, no de *contenido* –el Cuerpo y la Sangre son adorables sin duda– pero sí de *perspectiva y subrayado*. Lo central en este momento celebrativo –como lo manifiesta la fórmula litúrgica que acompaña el gesto– es la unión de la Iglesia oferente a la acción sacerdotal de su Señor.

7. La descripción de los gestos de la consagración-elevación en el Misal de Pablo VI

Pocos seguramente se han detenido a comparar las *variantes* que, en los gestos del celebrante durante la consagración, ha introducido el Misal

de Pablo VI y, por ello son muchos los que continúan siguiendo algunos ritos del misal anterior. Citemos, uno de estos cambios, *materialmente* muy pequeño, pero significativamente importante³.

Hoy se sabe muy bien que el gesto de la elevación del Pan y del Vino después de su consagración es una práctica, exclusiva del rito romano y relativamente tardía (nació en el siglo XII, en el mismo siglo que se instituyó la fiesta y la procesión de Corpus en honor de Cristo presente en la Eucaristía)⁴. Muy pronto en la liturgia romana esta elevación va cobrando progresivamente un lugar mucho más destacado que la misma consagración y se interpreta como el lugar por antonomasia para adorar a Cristo presente en el Sacramento..

Pues bien, las *Rúbricas generales del Misal de San Pío V* (1570), usado hasta el Vaticano II, describe los gestos de la consagración-elevación ya con la visión de adoración al sacramento. Lo hace con estas palabras: “Pronunciadas las palabras de la consagración, (que debe decir en secreto y que por ello el pueblo no las oye) el celebrante, arrodillado, *adora el sacramento*. Luego se levanta y con los ojos puestos en la Hostia, la *eleva, tanto cuanto cómodamente pueda hacerlo y la muestra al pueblo para que éste reverentemente la adore*. Y lo mismo dice del cáliz”⁵. Las rúbricas incorporadas al *Ordinario de la Misa* en el Misal de S. Pío V describen más brevemente este rito de la Consagración-elevación con estas palabras: “Dichas las palabras de la Consagración el celebrante arrodillado adora inmediatamente la Hostia consagrada; luego se levanta, la muestra al pueblo (elevándola tanto cuanto pueda, añaden las rúbricas generales) para que el pueblo la adore y arrodillándose de nuevo la adora” La misma rúbrica se repite para el Cáliz.

3 El *Consilium* que preparó el actual *Ordinario de la Misa* poniendo gran cuidado y después a veces de largas reuniones (que no siempre tuvieron, como pasa en todo equipo de diversas personas, el resultado deseado por algunos de sus miembros).

4 A este respecto, por lo que se refiere a la elevación como *acto de adoración a Cristo realmente presente a través del Sacramento*, es interesante notar que los primeros comentarios, alegóricos, este gesto se interpreta aun *como el ofrecimiento del Cuerpo de Cristo al Padre*, no como una invitación a adorar al Señor presente estas rúbricas.

El Misal de Pablo VI, modifica, de modo muy significativo y sobrio estas rúbricas. En la IGMR nada dice de los detalles del gesto Consagración-Presentación al pueblo; en el *Ordinario de la Misa* (el texto fue bastante discutido en el momento de su redacción) los gestos se describen de esta manera: dichas las palabras de la Consagración, el celebrante “muestra (nada se dice sobre una *elevación*, ni sobre una *adoración previa* a la mostración) al pueblo la Hostia consagrada, la coloca de nuevo y, arrodillado, la adora”. La misma rúbrica se repite para el Cáliz.

Un último detalle que nos parece oportuno subrayar: en la rúbrica que acompaña a la doxología final de la anáfora (*Por Cristo, con él y en él*) sí que hay alusión a la *elevación* de las especies consagradas. Nada sobre esta elevación, en cambio, se dice en la rúbrica que figura después de la Consagración. Consagrado el pan y el vino, el nuevo Misal dice simplemente que el celebrante los *muestra: Muestra (ostendit)* al pueblo el pan consagrado (y el cáliz)⁶.

Terminemos estas notas con referencia al equilibrio celebrativo entre las dos facetas de la Eucaristía (celebración del sacramento de la muerte-resurrección del Señor, adoración del Señor realmente presente en el sacramento) a que nos invita profundizar el *Año de la Eucaristía* con una observación de cara sobre todo a los que presiden las celebraciones eucarísticas. Nos referimos al modo de realizar los importantes gestos de la Consagración: que no se convierta este momento en la ubicación del culto a la Eucaristía sino que se subraye sobre todo la entrega sacrificial del Señor al Padre.

El llorado Juan Pablo II en su última Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* tiene, respecto de lo que significa y contienen las palabras de la consagración, esta bella y clara afirmación teológica: “El Salvador, al instituir

5 Cf. *Rubricae generales*, X, 5

6 Es verdad –algunos lo notarán– que hoy, con la práctica más habitual (aunque no exclusiva), del altar de cara al pueblo para *mostrar* no resulta necesario, como en la práctica anterior, la elevación... pero lo mismo se podría decir de la *mostración* durante la doxología final y allí sí que la rúbrica del nuevo Misal alude explícitamente a la *mostración-elevación*

la Eucaristía, no se limitó a decir “Este es mi Cuerpo, esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre” sino que añadió “entregado por vosotros... derramada por vosotros... haciendo presente de modo sacramental (es decir, con gestos litúrgicos) su sacrificio”⁷. La rúbrica del nuevo Misal de Pablo VI, al decir que, consagrado el Pan y el Vino, el celebrante los *muestra* al pueblo (nada dice aquí explícitamente de una *elevación*) creemos invita a un gesto que más bien está destinado a significar la *entrega* del Señor que a invitar a la adoración del sacramento. Esta adoración ciertamente no debe olvidarse, pero debe encontrar su ubicación sobre todo en las exposiciones solemnes de la Eucaristía y en el culto habitual del Sacramento fuera de la Misa.

Los ministros de la Eucaristía *durante la celebración*, deben cuidar con gran respeto y *actitudes adorantes* un sacramento tan grande, pero sin convertir la *celebración* en gestos de adoración constante al sacramento que, en aquellos momentos sobre todo, es la Acción del Señor con su Iglesia. La notable reducción de genuflexiones *durante la Misa* nos parece una interesante advertencia al equilibrio celebrativo durante la Misa⁸.

PERE FARNÉS
(Barcelona)

7 n. 12

8 Notemos únicamente —y como simple ejemplo— que el Misal de S. Pío V en la Consagración del Pan y del Cáliz mandaba al celebrante arrodillarse para adorar al Sacramento *inmediatamente* consagrado y *antes* de presentarlo al pueblo y *después* de la elevación, mientras el nuevo Misal le pide únicamente una genuflexión *después* del gesto de presentar a la asamblea (con un gesto que, como hemos dicho, puede ser muy apto para aludir a la *entrega* de Cristo al Padre)